

TORRE

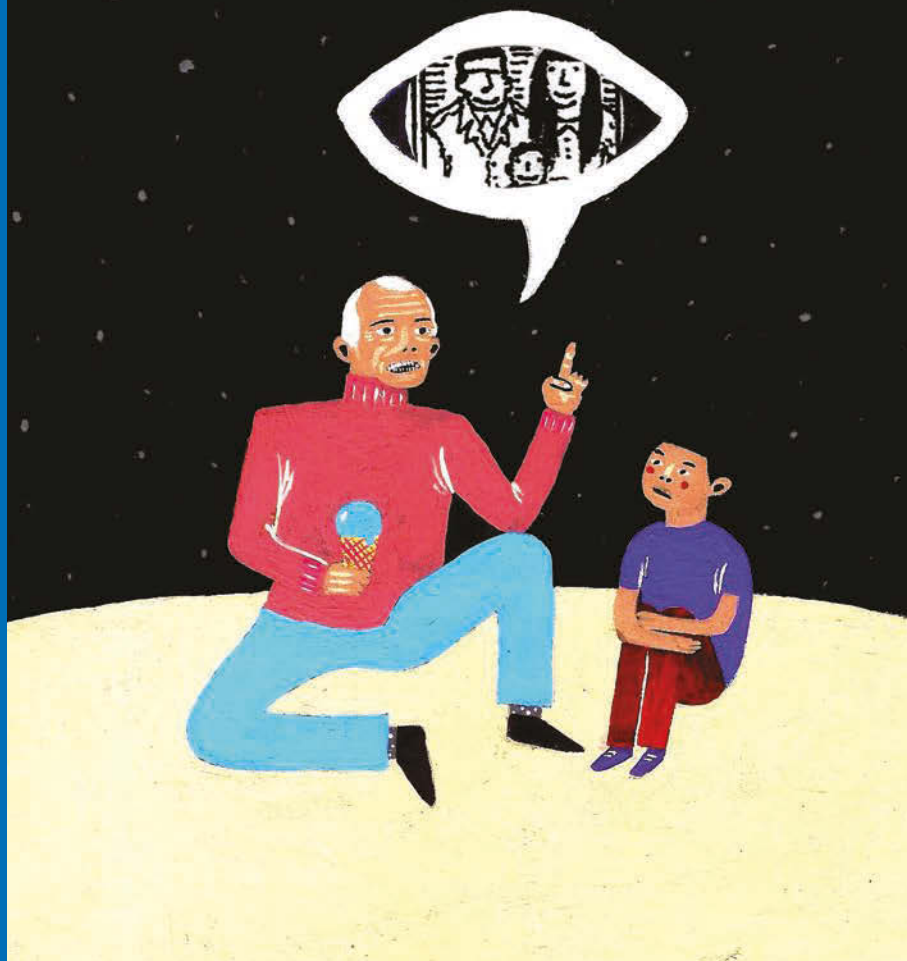
Azul

Mi superabuelo, por siempre

Martín Corona Alarcón

Ilustraciones

Camilo Cadena Reyes





Mi superabuelo,
por siempre

863.7

C67

2019 Corona Alarcón, Martín

Mi superabuelo, por siempre / Martín Corona Alarcón; ilustraciones de Camilo Cadena Reyes — México : Norma Ediciones, 2019.
128 páginas : ilustraciones. — (Torre Azul)

ISBN: 978-607-13-1013-2

1. Novela mexicana — Siglo XXI. 2. Literatura mexicana — Siglo XXI. 3. Literatura juvenil — Siglo XXI. I. Cadena Reyes, Camilo, ilustrador. II. t. III. Ser.

D.R. © 2017, Martín Corona Alarcón por los textos
D.R. © 2017, Camilo Cadena Reyes por las ilustraciones

D.R. © 2019, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Colonia Acacias,
Benito Juárez, México, Ciudad de México,
C.P. 03240

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: abril 2020

Coordinación editorial: J. Lizbeth Alvarado Mota
Edición: Lucía Rosas Zambrano
Coordinación de diseño: Gustavo Rivas
Diagramación: Sergio Salto

Impreso en México — *Printed in Mexico*

SAP: 61091441

ISBN: 978-607-13-1013-2



**Mi superabuelo,
por siempre**
Martín Corona Alarcón

Ilustraciones
Camilo Cadena Reyes

Norma

mx.edicionesnorma.com

*Para Alethia, Devika y todas las superabuelas
y superabuelos de todos los mundos.*

*Velo por la humanidad
persiguiendo delincuentes y
para disimular es que vengo a trabajar
entre archivos y expedientes.*

[...]

*Y vivo en silencio,
no tengo vida propia, la soledad
de los héroes como yo es inevitable.*
Roberto Musso (El Cuarteto de Nos)

Índice



Capítulo 1	11
Capítulo 2	19
Capítulo 3	29
Capítulo 4	35
Capítulo 5	43
Capítulo 6	51
Capítulo 7	63
Capítulo 8	73
Capítulo 9	81
Capítulo 10	89
Capítulo 11	105
Epílogo	121



Capítulo 1

No sé si a todos les ocurra lo mismo, pero a mí me cuesta bastante que aparezca de pronto un abuelo, así de un día para otro. Hasta los once años con tres meses y cinco días yo vivía tranquilo y contento, *desabuelado* pues. Y ahora resulta que el señor del que nunca quiso hablar mi abuela Bárbara, aquel que, según mi papá, se la pasaba haciendo cosas extrañas y se creía salvador del planeta, está aquí.

Mi vida había sido muy pacífica hasta que él apareció. Llegó de golpe, como una enfermedad. Peor que una enfermedad, porque cuando no estás bien de salud por lo menos puedes faltar a la escuela, pero en este caso ni modo que mamá le dijera a la maestra: “Mi hijo no vendrá

a clases durante unas semanas porque le salió un abuelo ayer, fíjese”.

Mis compañeros tienen a su abuelo localizado y seguro, unos en el panteón, otros cremado en su pueblo y muchos aún lo visitan los domingos. Pero no conocía un caso como el mío: una mañana de domingo, mientras desayunábamos, apareció un viejo con una maleta pequeña. Tocó el timbre, mamá abrió y regresó al comedor con la boca abierta, como si hubiese visto a un extraterrestre.

—Nicolás, tu padre está en la puerta.

—Bertha, por favor, sabes que no me gustan las bromas respecto del viejo loco que...

En ese momento una figura delgada y cansina entró en el comedor.

—Nico, qué grande estás y ese muchacho es...

Mi papá se quedó con la boca abierta y con mucho esfuerzo logró cerrarla para responder:

—Pues él es Mateo. Tu nieto —se hizo entonces un silencio extraño—, papá.

Nunca había escuchado a mi padre llamar “papá” a alguien. De hecho, cuando hablaba de él mismo decía: “soy tu padre” (parodiando a la película de los sables de luz), o se auto-definía como “El papi” (en tono de broma, por supuesto).

Por si aún no adivinan lo que ocurrió después, debo decirles que mis padres tienen la costumbre de alimentar a todo ser viviente que se acerque a la casa. Así que le sirvieron unos panqueques de esos que en la caja llaman *hot cakes*. Papá se levantó a exprimir un jugo mientras el señor aquel, al notar que ningún adulto hablaba, intentó hacerse el gracioso conmigo.

—¿Así que tú eres el pequeño Nicolás?

—No, soy Mateo.

—Uy, yo pensé que te llamarías “Pequeño Nicolás” porque hay un libro que así se llama y...

—No es un libro —aclaré—, es una serie de aventuras muy graciosas de un niño.

—¡Guaaaau, muchacho! —dijo el recién llegado dirigiéndose a mi papá—, pero qué buen trabajo has hecho con Mateo, es todo un especialista en literatura.

—Sólo le gusta leer —intervino mamá.

Terminé el desayuno y me subí a jugar el nuevo videojuego de zombis (me faltaba más de la mitad para acabarlo). Por eso no escuché toda la charla de mis papás con mi nuevo abuelo, bueno no era precisamente “nuevo”, pero yo lo estaba estrenando. Después vendrían a contarme los “detalles” que no me importaban y a

ponerme al corriente: mi maravillosa y tranquila vida había terminado.

Los cambios que surgieron en casa con la llegada del abuelo fueron:

1. El abuelo se queda a vivir en casa con nosotros, pero sólo por un tiempo.
2. Dormirá en el cuarto del chico (es decir yo).
3. Ayudará en las labores cotidianas de la casa (ya no tendré que lavar sólo yo los platos, ¡una buena!).
4. Recogerá a su nieto del colegio.
5. Le hará compañía a su nieto por las tardes (:O :) :P).
6. El abuelo no puede comer dulces y, sobre todo, no debe fumar ni un solo cigarro, (mi padre fue claro en que no le permitiera sacar ningún tipo de humo).
7. Compartiremos con él “tiempo de calidad” para todos.
8. El abuelo obedecerá las reglas de la casa; nada de venir a cambiar las cosas (nada sin autorización de mis papás).
9. El abuelo será tratado como una visita de la familia (es un extraño familiar, un desconocido con quien compartimos genes, como un extraterrestre que hace mucho vivió en la tierra).

10. Aprenderemos a querer al abuelo. Vino porque nos quiere mucho (¿puedes querer a quien no has visto en veinte años y, en mi caso, ni siquiera sabías de su existencia?).

Y si este decálogo es una mugre, pues más sucios, oscuros, terribles y apestosos supuse que serían los días después del fatídico domingo en que él llegó.

La tarde de su arribo me la pasé jugando el nuevo videojuego mata zombis, con las maravillosas armas nuevas y el sonido envolvente. Mi parte favorita era cuando se debía rescatar humanos; el tiempo estaba medido y era variable, porque dependía mucho del día y el hambre de los monstruos. Cinco personas encerradas en un centro comercial esperan ser rescatadas. El tiempo puede variar y nunca están en el mismo sitio. La misión te da puntos extras y nuevas armas, pero es muy muy difícil. Lo intenté durante tres horas y no logré nada.

Cuando me harté fui a comer. En la mesa el abuelo me miró con una mezcla de duda y cariño. Eso me hizo sentir como un perrito que acabara de hacerse pipí en la alfombra. Él no podía decir lo que pensaba, pero lo intentó:

—¿Todo ese ruido era de una película?

—No, un videojuego nuevo de zombis.

—¿Eran disparos, estabas jugando con armas?

—Sí, tengo que acabar con miles de zombis para salvar a cinco personas.

—Pero las armas sólo sirven para una cosa: para matar.

—Pero no están vivos, son zombis...

—Pero las armas...

Nicolás, mi papi, interrumpió y sacó un tema que ni al caso, pero me salvó del discurso de mi abuelo.

Instalamos la cama de las visitas en mi cuarto y dejamos todo preparado para que se convirtiera en “el abuelo invasor”. Esa noche descubrí varias cosas de él, que eran tremendas:

- Su dentadura no era suya; bueno sí, porque seguro la compró.
- Olía siempre a colonia porque la restregaba en su cuello y manos hasta antes de meterse a la cama.
- Un abuelo ronca, se tira gases y hace ruidos extraños cuando duerme. Por suerte duerme poco.
- Mi abuelo leía a escondidas la mayor parte de la noche. Tenía bajo la sábana una tableta con muy poca luz.

La primera semana pasó rápido para fortuna de todos. El abuelo buscaba la manera de acercarse, pero yo no le hacía caso. Entonces dirigía la mirada hacia su tableta y yo seguía haciendo mis cosas; por momentos sentía que me observaba y cuando volteaba, él estaba mirándome con expresión cansada y triste. Sólo en una ocasión logré ver sus ojos chispeantes, como los de un niño pequeño que descubre feliz el mundo. Mi abuelo tiene los ojos muy negros y profundos, como me han dicho siempre que los tengo yo.

Mi vida continuó de manera muy simple: despertarme temprano, bañarme, desayunar con mis papás, quienes luego me llevaban a la escuela. A la salida me esperaba el abuelo y juntos volvíamos a casa. Durante el trayecto hablábamos de la violencia del mundo, de lo terrible que le parecían las cosas y de un tema que parecía encantarle: los superhéroes.

A la hora de comer él descongelaba y servía los alimentos. Mientras, yo estaba casi siempre en mi recámara, leyendo algún libro o en la tableta. Después tenía que hacer la tarea y, como nunca me gustó que me ayudaran, solía encerrarme con los audífonos puestos hasta terminar.

Cuando finalmente llegaban Nicolás y Bertha, mis señores padres, salía a saludarlos, platicaba un poquitín y luego cada uno se ocupaba de lo suyo. Siempre me esperaba un par de horas de zombis; esa semana investigué en videos de internet y descubrí cómo terminar todo el juego. Mientras tanto, el abuelo estaba casi todo el tiempo pegado a su tableta o leyendo libros con fórmulas extrañas y, de vez en cuando, escribiendo largos correos electrónicos, conectando para ello un teclado.